

dose por la frente un pañuelo *bordado* despues de las emociones de un wals; pero á lo menos estos extravíos tienen un objeto laudable: el de agradar á las mugeres. Igual fin se llevan todas las locuras de nuestro sexo, que no son pocas. ¿No sería justo que en debida compensacion procurasen lo mismo las mugeres? pues á fé que el medio seguro de conseguirlo sería renunciar á un lujo que evidentemente las afea, ser modestas y muy sencillas en su porte, pegar fuego á todo miriñaque, y fiar sus triunfos, no en la habilidad de un peluquero ó de una modista, sino en el irresistible encanto de sus gracias naturales y adquiridas con una buena educacion. Este sería un gran paso dado para que la sociedad empezase á entrar en caja, recordando el juicio que parece haber perdido: á lo menos no me parece dudoso que con solo eso, el lujo en las personas, cimiento y raíz del lujo en las cosas, llegaría en breve á no pasar de los justos límites en que la razon y el interés público aconsejan que esté encerrado.

A todo esto dirán tal vez las señoras lo que contestaba á su marido una amiga mia: *Tú tendrás razon, pero á mí la razon no me convence!*....

Haya lujo en buen hora, pero no sea tanto ni tonto como el que hoy se usa. Lo que las mugeres decidan, eso se hará: los hombres bailan siempre al son que ellas les tocan. Los hombres dan la ley á la sociedad, pero las mugeres se la dan á los hombres. Y aun va mas alto su poder, si hemos de atenernos al dicho, graciosamente impío, que corre como proverbio en Francia: «Lo que quiere la muger, lo quiere Dios, y hace bien, porque aunque no lo quisiera sería lo mismo.»

(Se continuará)

EUGENIO DE OCHOA.

VIAGE DE LOS PIRINEOS A PARIS.

LAS LANDAS.

II.

(Conclusion.)

Ya en la casa del buen preceptor, que para hacernos mas agradable la hospitalidad convidó al cura párroco y á algunos otros de los principales vecinos, nos pusimos á la mesa en donde nos instaba muchas veces á comer, porque el buen preceptor hubiera querido tener á su mesa Gargantuas ó Eleogábalos, que con su hambre canina le hubieran devorado sus provisiones de todo un año.

Pasamos una noche muy dulce en aquella aldea todavía desconocida, entre aquellos dos hombres que nos parecían ser conocidos y amigos nuestros desde muchos años; dos corazones que se entienden y simpatizan de seguida; dos almas fraternales que se llaman y reconocen á primera vista. Había además entre el cura y el preceptor una notable afinidad: el uno hubiera podido suplir al otro, y por su mútua pasion por el bien no había límites ni separacion entre ellos.

El cura, un poco mas malicioso que el preceptor, nos dijo al oido:

—Verán vds. lo que tarda en contarles una historia de las Landas: ese es el fuerte de mi buen amigo, su tema favorito.

No tardó en verificarse la profecía: el preceptor nos pidió permiso para fumar en su pipa; se sentó en su silla de baqueta y de brazos, y nos dijo:

—Mucho me alegro de la llegada de vds. caballeros, porque mañana va á haber novedades en la aldea.

—¿Novedades? No es posible.

—Segun y conforme. Aqui las cosas pertenecen al dominio de los hechos ordinarios; únicamente que estos se solemnizan bastante para que se hagan notar.

Sonrefase el cura como hombre que se hubiese equivocado una vez por casualidad sobre el carácter de su amigo.

—¿Cómo! replicó el preceptor, despues de haber maquinalmente soltado una bocanada de humo. En este pais se han visto acontecimientos muy terribles, y yo voy á apelar, para que vean vds. si tengo razon, al testimonio de la historia.

El cura cambió con nosotros una sonrisa diciéndonos con el gesto: ya pareció aquello.

—Tal vez voy á fastidiar á vds. si me remonto á una época muy lejana. Hoy se presta muy poco interés á las cosas de otro tiempo: para la mayor parte de los modernos la historia de Francia no comienza sino en su revolucion de 1789: catorce siglos se quedan atrás, trozo inmenso que se separa violentamente del cuerpo, y que sin embargo, es uno de los mas importantes. Nuestro origen, nuestros antiguos anales, nuestras luchas, nuestras desgracias, no se tienen en cuenta hoy para nada; son cosas pasadas, góticas. Sé muy bien que á los que yo hablo en este momento no tienen miras tan mezquinas; así es que me siento animado para decirles con cuanto amor hago yo escavaciones en el polvo de los tiempos cuando se trata de la comarca en que he nacido, donde he vivido, y donde espero morir. Yo evoco los siglos y los hago desfilar delante de mí: ese es el privilegio de la imaginacion.

Yo no les haré avanzar ni una pulgada en el porvenir, ni yo lo calcularé; pero lo pasado me pertenece y me gusta reanimarlo con bastante fuerza, y lo reanimo. Miren ustedes, añadió el buen anciano: á estas horas yo me figuro ver desfilar procesionalmente por delante de mí vista los *druidas* con sus largos mantos blancos, espesa barba y sus coronas de encina; despues vienen los *rigs*, cuyo sayon elegante está sujeto con un cinturon encarnado, cuyo collar, anillo y brazaletes son de oro y plata. Despues vienen las vírgenes con su frente ceñida de laurel, y el pueblo las saluda con veneracion: todas unen sus voces, unas tristes, otras alegres y ruidosas cual nuestro Océano: cantan á Teut, el dios padre; á Ogmion, el Hércules conductor de los guerreros; Beleno, el Sol; Belisana, la Diana de las Galias, y todos consultan con tímida mirada la cenicienta nube que se destaca en el horizonte donde piensan ver la diosa Nehalénia, vestida con su túnica blanca y sus borceguíes de oro, y escoltada de perros negros. Cada árbol les parece ocultar una fada, genio del mal. Esta es la mitología. Empero, si entramos en la historia ¡qué campo!

En un repentino movimiento que hizo el bueno del cura

yo creí descubrir que hubiera preferido éste el haberse decidido á marcharse antes á aguantar la narracion que nos amenazaba.

Nuestro protector fué avanzando con su programa...

—No subiré tampoco á los tiempos de la opresion romana. Los desórdenes de la corrupcion y las insaciables exigencias del fisco pesaban sobre este pais. Su grande época en el siglo III, es la era del cristianismo, para nosotros aurora que se levanta en medio de una noche profunda y sin estrellas. Entonces llegaron aquí San Saturnino, San Paterno, San Honesto, San Albi, San Marcial; predicaron, y la oscuridad se dispó bajo los rayos de la fé.

Diocleciano encomendó al fuego y al acero la destruccion del cristianismo, empero el acero, que pudo cortar las cabezas, no fué capáz de destruir las doctrinas. En el siglo siguiente la fé es libre: sin embargo, del Norte de la Europa llegan los bárbaros; los francos abren la marcha bajo la direccion de Chroch: asesinatos y pillage en todo el territorio de Burdeos; despues vienen los jepidas, los alanos, los sármatas, los etros y los vándalos: pasan tres años; los godos se presentan con Alarico; los hunnos les suceden conducidos por Atila; y en fin, Clodoveo conquista el pais.

Al cura se le abria la boca y bostezaba con esta relacion, que no deja de tener grande interés para los que han visitado las Landas.

Bajo la dominacion franca, continuó el narrador, los bienes se dividieron en seis zonas: bienes del patrimonio; beneficios militares; alodiales ó propiedades civiles exentas de contribucion; tierras de iglesias y de abadías; antiguas posesiones curiales pertenecientes al municipio. En cuanto al pueblo estaba encadenado á la tierra.

—Creemos que no echareis mucho de menos esos tiempos, dijo el cura.

—No, ni la época de la invasion normanda. Las Landas fueron tratadas por esos hombres sin fé cruelmente; el pais se convirtió en un desierto, y se caminaba dias enteros sin encontrar una cabaña, sin hallar un rostro humano. En tiempo del feudalismo la tiranía repuebla las Landas: tanto desgraciado habia que acudieron aquí para subvenir á sus necesidades, á pesar de lo ingrato del clima!

—No son esos los tiempos que mas os gustarian, dijo otra vez el cura.

—De ninguna manera; ni tampoco la sangrienta guerra de los Vaudenses, ni el suplicio de los Templarios, ni las guerras de los Plantagenets; sucesos todos que pesaron cruelmente sobre las Landas, y cuyos habitantes concluyeron por construir *bastillas* ó recintos fortificados con una empalizada y un foso exterior. Estos débiles atrincheramientos no bastaron para detener al príncipe Negro, que saqueó las Landas desde el Pirineo hasta el Garona, incendiando quinientas casas de campo y devastando toda la ribera derecha del rio. Verdad es que el glorioso Duguesclin volvió á tomar en dos años á los ingleses casi toda la Guyena, y que por último, gracias á Dios, en 1453 quedamos definitivamente reunidos á la Francia.

—Sea enhorabuena; le dije yo; vd. es un verdadero patriota, que se parece á un sugeto de Burdeos, amigo mio, el cual está aun llorando la muerte de los Plantagenets.

—Dios me libre: este pais no ha respirado sino desde su anexion al reino. ¡Oh! ¡Cuántos males ha sufrido! Muchas ciudades no se han levantado jamás de tantos sacudimien-

tos, y ademas hemos sido víctimas de dos grandes calamidades, porque son mas duraderas tal vez: por de pronto del abandono y de la rutina. Durante siglos las Landas han quedado completamente olvidadas; no se ha tratado mas que de hacer pasar por nuestro pais los cuerpos de ejército que marchaban á España; hemos sido considerados como un desierto impracticable.

—Y tal vez era verdad.

—Sin duda, pero la rutina de los habitantes entraba por mucho. A vista de una tierra desolada no han hecho mas que gemir y suspirar, y sin la iniciativa de Brementier, inspector general de puentes y caminos, que ha intentado el primero el fijar las dunas, cubriéndolas de bosques, estaríamos enteramente enterrados en la arena.

—¡Animo! dijo el cura; el porvenir es nuestro; gracias á los pinares se ha combatido la arena: el camino de hierro ha abierto el pais.

El preceptor meneó tranquilamente la cabeza, y nos invitó á descansar. A la mañana siguiente en cuanto amaneció vino á despertarnos. Nos levantamos inmediatamente, porque el mayor estímulo y aguijon es la curiosidad.

Nuestro nuevo amigo nos hizo marchar rápidamente, porque decia que era preciso que sorprenderásemos al sol.

Apenas habíamos atravesado la Landa, cuando una línea de nubes de color de rosa sobre fondo gris se presenta á nuestra vista. Tan pronto aquellas nubes imitaban torreones, tan pronto se redondeaban con formas ondulantes llenas de gracia y de armonía. Yo creí que eran unos vapores lo que veía, pero el preceptor nos dijo que eran las dunas.

—¡Las dunas! dije yo con asombro.

—Bien pronto vais á descubrirlo: lo que veis en parte reina en todo lo largo de las costas desde la punta de Graves hasta la embocadura del Adour. Es una cadena que pasa de doscientos cuarenta kilómetros de largo, ó sea sesenta leguas; su ancho es de ocho kilómetros, ó unas dos leguas. Hacia el centro la cresta sube hasta sesenta metros. Marchan por planos regulares ó llanuras estendiéndose y tocándose entre sí, ó aisladas las unas de las otras. Entre estas mesetas ó alturas se presentan valles que llamamos *Lelas*, y cuyo cultivo está siempre amenazado. La movilidad de las arenas traídas por el Océano es una cosa verdaderamente increíble. Las dunas no plantadas de pinos no permanecen jamás en el estado en que se forman; tan pronto se hunde su cima, tan pronto se levanta. Los valles que se han visto en el año anterior se encuentran cegados, y se abren otros. Consideren vds. bien que por consecuencia las aguas que encuentran este obstáculo insuperable no pueden correr á precipitarse en el mar; este es por consecuencia el origen de los numerosos pantanos de donde se exhalan los miasmas que producen las calenturas. El agua y la arena nos hacen la guerra; afortunadamente mas de ocho mil hectáreas de dunas están sujetas por las plantaciones: estas no se menearán mas. Sin esta precaucion el antiguo Beucam, Mesange, Azur, Souxtons y Teste, haria mucho tiempo que estarían tragadas por la arena. La arena vomitada por el Océano sobre la costa se calcula en mil doscientos cuarenta y cinco millones cuatrocientos mil metros cúbicos en toda su longitud, lo que hace doscientos treinta y cinco millones quinientos tres mil metros. Esta arena finísima es el polvo de las rocas

cuarzosas arrastradas hacia el Océano por los ríos que cubrían en otro tiempo estas vastas llanuras. Las hay de diversas calidades. Por ejemplo, en San Pablo de Dax contienen mineral de hierro, óxido hidratado que alimentan las herrerías de Castels, de Ardy y de Adesse. El viento que reina casi siempre sobre la costa coge esa arena, la levanta, la hace correr delante de él, y la masa viagera de arena recorre regularmente veinte y cuatro mil metros por año. Y no se crea que solo hay dunas en las inmediaciones de la playa; las hay en lo interior, cosa bien triste.

Nosotros mirábamos las dunas bajo un aspecto pintoresco, y así no participábamos de la tristeza de nuestro interlocutor. Habíamos subido la duna, y se nos presentó á nuestra vista un espectáculo magnífico. Sobre los montecillos de arena se extendían á lo lejos pendientes áridas y sin verdor; la luz, que nada detenía, esparcía sus rayos mates y anchos formando matices, en donde una yerba fina y espesa había logrado echar sus débiles raíces. Contemplábamos que tal vez bajo nuestros pies habría algunas paredes derribadas, algún árbol sofocado, "conservado allí intacto, aunque muerto por la arena, movable tumba que se había formado en torno suyo. Las dunas, unidas las unas á las otras, tenían una encantadora morvidez en sus contornos; eran como las olas de la tierra, olas inmóviles, después de haber verificado su obra de devastación. Delante de nosotros, en torno nuestro, contemplábamos lo infinito bajo tres diversos aspectos: la duna, la landa y el Océano; y todo esto estaba unido por una misteriosa afinidad que revelan y recuerdan las edades del cataclismo en que este país no era mas que una inmensa sábana de agua: ha conservado su fisonomía de cauce del Atlántico. Bajo nuestro país abundaban grandes depósitos de conchas. Nos hallábamos mudos de admiración, y nuestro amigo contemplaba la expresión de nuestra fisonomía. Queríamos permanecer allí mas tiempo, pero comenzaba á levantarse un viento fuerte, y nos hizo retirar nuestro guía. Una violenta brisa determinó muy pronto lo que podíamos temer: una tempestad de arena: tan pronto las *Nicas*, arrastradas en una sola y única dirección, bajaron á darnos en las piernas, que hubieran podido azotar hasta el punto de hacernos sangre si como las gentes del pueblo llevásemos los pies desnudos. Tan pronto un ardiente torbellino se formaba en una vasta espiral, de que éramos el centro; entonces no había mas remedio que bajar la frente y cerrar los ojos, sopesa de quedar cegados por un penetrante y sutil polvo.

Antes de volver á la aldea, el preceptor nos hizo entrar en Ninizan. Nos enseñó el sitio en donde había estado el puerto, el puerto que hoy ha desaparecido con las arenas. Algunas casas se agrupaban alrededor de una iglesia demasiado estensa para la actual población: la antigua iglesia parroquial no existe. La duna de Udos, cubierta de pinas, oculta el sitio de donde salió la barca del pescador. La antigua abadía poseía un campanario que se transformó en faro, y donde se encontraban piezas de artillería del siglo XIV, que servían para hacer las señales en el mar, porque en aquella época se hallaba abierta la rada. Hace cincuenta años se hundió la bóveda de la iglesia. A algunos pasos de la aldea nos enseñaron la antigua vía romana, que conducía á Bayona: los siglos han destruido este camino, y borrado casi hasta su vestigio.

Volvimos á la aldea. A medida que nos acercábamos á ella, el sentimiento de tristeza que pesaba sobre nosotros, se disipaba al eco de una música campestre: el tamboril y una gaita alegraba á aquellas gentes.

Las cabañas con sus puertas abiertas, nos dejaban ver las mugeres que estaban haciendo media, y los chicos que miraban la labor de sus madres. Guiados por nuestro conductor, fuimos á la casa principal del pueblo, es decir, á la menos pobre: su dueño casaba una hija y daba una fiesta: quince días antes se habían verificado los contratos, y se habían llenado las ceremonias que todavía usan estos pueblos casi en el estado primitivo de la naturaleza. La novia sentada en el suelo á la puerta de la iglesia, al lado de sus amigas, había recibido la declaración de amor de su novio: después los dos habían ido juntos á hablar al padre de la novia y declararle que se querían. Para demostrar la negativa, era preciso que la novia hubiese colocado sobre la mesa un plato de nueces: esta es la señal infalible del *no*. La víspera el novio había reunido á sus amigos, y á la cabeza de ellos había ido á la casa nupcial. Allí le presentaron según la antigua costumbre, una vieja, que desechó reclamando su prometida. Esto dá margen á mil dichos agudos, á mil chanzonetas, hasta que se presenta la novia con una flor en la mano que entrega al novio. El novio á su vez le da también por regalo un hermoso cinturón que le coloca él mismo. Después van á la iglesia, y á la vuelta á la casa se encuentra el novio con un signo simbólico que es la reja de un arado, y la novia con una escoba: esto demuestra que el novio debe de persistir incansable trabajando en el campo, y que la muger debe ser cuidadosa y limpia en su casa. No se limitan á esto solo los emblemas; desde la casa á la iglesia, y desde la iglesia á la casa, la vieja que en la víspera le había presentado el emblema de la novia, camina entre los dos esposos llevando una rueca: otra lección mas para que sea aplicada y trabajadora la novia.

Con motivo de la boda pudimos presenciar una corrida de vacas landesas, á las que los habitantes de aquel país unos acosan con palos y otros sujetan de las astas: de seguro que si hubieran sido tan bravas como las de nuestras provincias de España, hubieran sucedido mil desgracias, pero aquellos pobres animales sufren la misma atonía, la misma debilidad que tienen los hombres.

Tuvimos que permanecer allí esta noche para asistir, después de la boda al baile, el cual termina poniendo uno de los asistentes fuego á la escoba de la novia, y después armado con un tizo encendido echa á todos del baile, excelente medio para concluir con todas las diversiones. En cuanto á mí y á mis compañeros de viaje, espectadores pacíficos de aquella ruidosa alegría, nos marchamos admirando la dulzura y la franqueza de aquellas gentes que nos habían manifestado tanta cordialidad.

Al día siguiente tuvimos ocasión de ver una función enteramente distinta, era un entierro que presenciábamos al marcharnos. Las mugeres acudían á la fúnebre ceremonia en gran número, llevando un pedazo de tela negro sobre la cabeza y la cara: los hombres iban todos cubiertos con capas oscuras: se detuvieron á alguna distancia del muerto, dejándole seguir solo al campo del eterno descanso, y poniéndose todos á dar grandes gritos haciendo que lloraban. Esta es la costumbre de las Landas; costumbre que hemos

visto también en algunos puntos de las Provincias Vascongadas, y en otros de España, donde había los que se llamaban *llorones* y *lloronas* alquilados para estos casos; costumbre que la cultura de la época ha desterrado ya, porque



Corrida de vacas landesas.

es lo más ridículo el que las familias para sentir sus penas y llorarlas se valgan de lágrimas mercenarias.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

LA CASCADA DE KAMBACAGA EN SENEGAMBIA.

* Un antiguo oficial de zuavos, Jacinto Ecuart, que durante los años de 1850 y 1851 ha explorado una parte poco

conocida del Africa Occidental, observó en el camino que le conducía á Timbo, en Senegambia, la hermosa y lindísima cascada cuya vista presentamos hoy á nuestros lectores.

A las diez y veinte minutos, dice el zuavo, nos hallábamos sobre las orillas del Kokonia, cuya anchura es en aquel punto de 45 á 50 metros. Es un espectáculo imposible de describir. Precipitado de lo alto de una montaña, quebrantándose sobre una innumerable cantidad de pequeñas cascadas, arrastrando consigo todo cuanto encuentra á su paso, aquel corto torrente bramando durante un cuarto de hora sobre un cauce de pulimentadas rocas, atraviesa un

desfiladero encerrado entre dos ásperas y agrestes montañas, y se precipita de repente en un abismo de mas de cien metros de altura, á cuyo fondo aquella masa de agua llega convertida en lluvia, para ir á formar un poco mas



Cascada de Kambagaga.

lejos quince nuevas cascadas de las que la menos alta tiene tres metros de elevacion. Contemplé admirado aquel fenómeno en toda su magnificencia, empero cuando quise aproximarme á la sima para apreciar su profundidad, tuve

que asirme á un árbol al que me agarré fuertemente mientras incliné el cuerpo para mirar en el abismo. Entonces, y solo entonces, comprendí el riesgo en que me hallaba, porque apenas había querido mirar al fondo cuando ya no podía separar mis ojos de él. Se había apoderado de mí un vértigo y el vacío me hubiera indudablemente atraído á él, si el guía que me acompañaba no me hubiera agarrado por el cuerpo y retirado con violencia de la orilla.

Este salto de agua, esta cascada se llama *Kumbagaga*.

Aunque hubiéramos subido mucho mas alto para encontrar un vado nos hubiera costado mucho trabajo atravesar el agua sobre aquellas piedras escurridizas, y cortar una corriente escesivamente rápida. Uno de los hombres que me acompañaban dió un paso en falso y se vió arrastrado á larguísima distancia por el agua, empero felizmente pudo agarrarse á un árbol cuyas ramas se inclinaban sobre las orillas de una de las cascadas. Este río, que se llama *Konla* corre del Nordeste á Sudoeste.

M. GUZMAN.

EL FINGIDO OBISPO GRIEGO.

EL SOLDADO DE ARTILLERIA FRANCISCO CAMACHO.

CAUSA CELEBRE.

(1708.)

(Conclusion).

Dirigieronse á Toledo, y fueron recibidos tambien por el arzobispo y el cabildo como en Pamplona, llevándole á la catedral bajo del pábulo.

Se empeñó el arzobispo de Toledo despues de las ceremonias acostumbradas, que ocupase su silla arzobispal en el coro; y uno de los frailes que acompañaban al supuesto prelado, subió al púlpito y echó al pueblo y al cabildo una elocuente plática, exhortándoles al buen vivir, á reformar las costumbres, haciéndoles ver los bienes que consiguen los que temen á Dios, y los terribles castigos que están dispuestos por el Eterno para los que desprecian su santa ley. Esta plática que conmovió al pueblo apiñado al rededor del púlpito de la catedral, terminó con la promesa que hacia el supuesto arzobispo, de que si habia alguna huérfana, viuda, caballero menesterosos, echasen un memorial al legado, y que llevando el visto bueno del arzobispo de Toledo serian remediados en sus necesidades. Júzguese del efecto que causaria este piadoso ofrecimiento en el pueblo. Recibieron los frailes diversos memoriales, y á todos ellos asignaron las limosnas convenientes, porque para todo daba el manejo que tenian los buenos religiosos en reformar las costumbres del clero y castigar sus faltas con multas. Un invierno entero permaneció en Toledo con su comitiva el supuesto legado, visitando las iglesias, los conventos, y haciéndose gran lugar en el clero, porque gracias á la severa disciplina del arzobispo, era de los mas morigerados que habia en España, y no presentaba motivos para imponer multas.

Si bien en la parte general del gobierno de la iglesia, no encontraba motivos de reprension, halló un gran campo abierto para poder reunir el coste de las limosnas y los gastos en la conducta particular de algunos individuos los cuales habian caído en el pecado, principalmente de la lujuria: así es que estas multas no llamaban tampoco la atencion, porque se veia aplicarlas á un objeto piadoso ostensible. Ademas, una parte de las multas las aplicaron los frailes autores de esta infernal trama á la obra de una capilla nueva que se fabricaba en el convento de Agustinos de aquella ciudad.

Llegó el momento de salir de la imperial ciudad de Toledo, y la despedida del supuesto legado fué un motivo de sentimiento para aquella ciudad, donde los pobres y los menesterosos habian recibido grandes socorros del supuesto legado.

Prosiguió la expedicion de los frailes y del supuesto legado dirigiéndose á Cuenca, donde no fueron recibidos por el obispo por hallarse éste hacia muchos dias enfermo. En los seis dias de permanencia en dicha ciudad encontraron ancho campo, tanto por las faltas que observaron en el culto divino como por la conducta del clero para aumentar estraordinariamente su tesoro.

Desde Cuenca se dirigió á Valencia, donde salió á recibirle no solo el cabildo eclesiástico, sino el gobernador marqués de Villadarias con toda la nobleza y gran parte del pueblo. Dos meses se detuvo en aquella ciudad siendo obsequiado como un verdadero príncipe de la Iglesia, y encontrando los dos frailes abundante campo en que saciar su codicia en el clero secular y regular por las faltas que hacían en lo divino y las sobras en lo humano.

Marchaba el enredo viento en popa, los falsarios veian acrecentar diariamente su tesoro y nada hacia presumir pudiese descubrirse su sacrilega maldad. Así es, que resolvieron continuar todavía por mas tiempo la trama con tanta audacia concebida, y con tanto estudio y talento continuada. Desde Valencia marcharon á Murcia, en donde, como en todas partes, se dedicaron á visitar las iglesias, estirpar los abusos introducidos en ellas, y reformar las costumbres castigando con multas los escesos. No solo de palabra procuraban captarse el aprecio público, sino socorriendo con mano franca las necesidades públicas, y haciendo obras y fundaciones dignas de varones santos y piadosos. Así es, que en Murcia, á donde se detuvieron cerca de medio año, hicieron derribar el convento de Santa Catalina que se hallaba en un estado ruinoso y lo reedificaron de nuevo, dotándolo de agua de que hasta entonces habia carecido. Para tanto daba la estafa que tan perfectamente habian organizado los dos frailes en que con tanta perfeccion representaba su papel el artillero Francisco Camacho. Al marchar de Murcia para la ciudad de Granada dejó de limosna siete mil ducados. ¿Cómo habia de sospecharse ni remotamente de una legacion pontificia que comenzaba predicando de palabra la virtud y la austeridad de las costumbres, y deramando el oro para remediar las miserias y enjugar las lágrimas de los pobres? De seguro los frailes y el artillero que era su instrumento nada ponian de su peculio. Tanto gasto y tanta limosna lo sabian sanear con las multas. En Granada se hospedó el supuesto legado en el palacio episcopal. Confió órdenes á muchos frailes y eclesiásticos que á él acudieron, empero, aprobando solo á los idóneos y

que traían sus despachos y demisorias corrientes. Al salir de Granada después de muchos días de haber residido allí, y cuando se dirigía á Sevilla el artillero Camacho, y los dos frailes á continuar explotando la mina que habían sabido encontrar, al llegar á la primera jornada, fueron llamados con las mayores instancias por el arzobispo y el cabildo entre quienes se había suscitado una terrible discordia sobre derechos de ambos, que producía grande alteración en los ánimos, y profundo escándalo en los fieles. Dieron la vuelta, pues, á Granada, permanecieron allí cuatro meses, y con una prudencia y con un tacto que haría honor á un prelado legítimo y el mas santo, aplacaron los ánimos, reconciliaron al arzobispo y al cabildo, y lo arreglaron y compusieron todo, aunque no fué de valde. Llegaron á Sevilla, donde alojados en el palacio arzobispal y recibidos con la mayor ostentación por todas las autoridades permanecieron dos meses, el artillero Camacho administrando los sacramentos del Orden y de la Confirmación delante del arzobispo y del cabildo, sin que ninguno pudiese notar la menor torpeza ó echase de menos la mas ligera falta en el ceremonial.

Era para desvanecerse seguramente, el trato que por dos años seguidos había estado recibiendo un pobre soldado, natural de Manzanilla en el mismo arzobispado de Sevilla, viéndose el objeto de la veneración y respeto de las autoridades, de los prelados, de los nobles y del pueblo, no solo en la corte, sino en las principales ciudades de la monarquía, pero el carácter de Camacho no se alteró. Nada de cuanto veía y le rodeaba hacia impresion en su ánimo. No parecía sino que legítimamente por sus pasos contados había llegado á la alta dignidad de príncipe de la Iglesia que con tanta naturalidad desempeñaba. En contacto con los grandes señores, con los prelados mas instruidos de España, no dejó descubrir lo grosero de su origen, lo descuidado de su educación, y escuchado prudentemente con la ignorancia del idioma, y vigilado é inspirado por los frailes, nadie se apercibió de su impía farsa.

Desde Sevilla se dirigió á Carmona donde se detuvo quince días, aun cuando allí no había ocasión de ejercer las funciones de su ministerio, pero los frailes que le habían inducido á ejecutar la comedia que venía representando hacia mas de dos años, necesitaban aquel tiempo para realizar sus caudales y consumir la mas negra y alevosa traición que se ha visto jamás entre criminales. Un día al despertar el falso obispo griego, no vió como de costumbre á los dos frailes á la hora de levantarse. Se habían marchado por la noche, se habían llevado todo el caudal y las alhajas y habían dejado solo al pobre artillero con sus ropas episcopales. Desde entonces nunca jamás ha vuelto á saberse de los dos frailes. El artillero veíase perdido, sin recursos, objeto de la persecución de la justicia en el momento en que, como no podía menos de suceder, se descubriese su crimen. Pensaba en abandonar el traje que tantas honras, comodidad y dinero le había proporcionado, y fugarse bajo un humilde disfraz, cuando vió entrar en su cuarto á varios canónigos de Sevilla, y que una compañía de caballos rodeaba la casa que habitaba. El provisor del arzobispo de Sevilla le ordenó que se diese á prision por mandato del arzobispo su señor. Preguntó el artillero por qué causa se cometía con él aquella tropelía, y habló de tal manera, que los mismos encargados de prenderle dudaban de la realidad de la causa que motivó su

arresto. Tratándole con el mayor respeto, urbanidad y consideración, si bien con buena custodia, lo llevaron al palacio arzobispal de Sevilla. Todavía el arzobispo dudaba, y así es que aquel virtuoso prelado bajó á recibirle á la puerta misma del palacio; y el artillero Camacho, sin mostrar la menor flaqueza ni alteración de ánimo le echó la bendición como había acostumbrado á hacerlo en los buenos días de su prosperidad. El arzobispo le cogió afectuosamente de la mano y lo llevó á su cuarto donde empezó á hacerle varias preguntas que el hábil artillero afectó no entender por su poca práctica en el idioma. Entonces supo Camacho la causa verdadera de su desgracia. Los frailes le habían robado y al tiempo mismo que huían con los cuantiosos frutos de sus rapiñas, habían enviado un propio al arzobispo con la exacta relación de cuanto en los dos años había sucedido. Tan bien y cumplidamente había Camacho representado su papel episcopal, que al negar lo que los frailes denunciaban vaciló el arzobispo de Sevilla y no se atrevió ni á quitarle las vestiduras episcopales que traía, porque por una parte tocaba las bulas y los despachos del pontífice y veía la exacta concordancia de las señas de estos con la de la persona del artillero, y por la otra tenía la denuncia de dos frailes prófugos que podían haber muy bien calumniado á su señor después de haberlo robado. Así es que aunque en calidad de preso y encerrado en un cuarto, Camacho continuó por un mes todavía vestido de obispo regalado en su trato y con todas las consideraciones, ínterin venia la respuesta del papa Clemente XI á quien se había consultado.

El soldado, que si bien se había acomodado á la vida de obispo en libertad, se le hacía intolerable el estar encerrado entre cuatro paredes, y prefería mejor á las ricas viandas que allí le daban, el pan de un presidio al aire libre, y poder andar y hacer ejercicio aunque fuese con un grillete al pie, se resolvió á cantar de plano y á arrostrarlo todo, porque cualquier cosa le parecía preferible al encierro y soledad en que se hallaba. Una mañana al entrarle en su bandeja de plata y con las ceremonias y respeto de costumbre el chocolate un page, le mandó que llamase al arzobispo porque tenía que hablarle con urgencia. Salió el familiar, y á poco llegó el arzobispo de Sevilla. Comenzó por tratar como á un hermano y con la mayor consideración á su prisionero. Este se arrojó entonces á sus pies, le refirió la verdad de cuanto había pasado, y el arzobispo se quedó atónito, asombrado de tanto sacrilegio, de tan enormes maldades. Mandó inmediatamente desnudar á Camacho de las vestiduras pontificales, ordenó le pudiesen otras, y llevándole á un seguro calabozo hizo le diesen el trato que se da en las cárceles á los criminales ordinarios. Escribió inmediatamente á Roma el arzobispo, y espidió requisitorias á todo el reino para ver de apoderarse de la persona de los frailes. Todo fué en vano, de los frailes no volvió á saberse jamás. Se sirvieron de un pobre soldado y del hallazgo que este hizo para enriquecerse, y enriquecidos, entregaron á la justicia humana el instrumento de que se habían valido para que lo hiciese pedazos. Criminal era sin duda Francisco Camacho. El fué el protagonista de este sacrilego drama, pero los autores, el *Deus ex machina* fueron los frailes. Así lo conoció sin duda la sabiduría del Sumo Pontífice Clemente XI, que respondió al arzobispo diciéndole diese al soldado Francisco Camacho, del 2.º batallón de la artillería real, el castigo

que mereciese por su delito, previniéndole preguntase en los lugares donde había celebrado órdenes y administrado el Sacramento de la Confirmación, dando por nulo cuanto había ejecutado. Cometía Su Santidad al arzobispo el que volviese á examinar á los ordenados, y á los idóneos los ordenase dándoles nuevos títulos, aprobando las informaciones que se habían hecho para cada uno de ellos, mandando al arzobispo oyese en confesion general al Francisco Camacho, á quien Su Santidad absolvía de todo pecado.

Ocho meses duró la causa de Camacho, á quien miraba el arzobispo con la mayor compasion y misericordia al ver su ignorancia y que había procedido inducido por los frailes, conociendo que aun en medio de su crimen había procedido con cierto temor. El arzobispo, despues de ponderarle lo mal que había obrado y amonestándole á vivir en lo sucesivo haciendo penitencia de sus culpas, usando de la misericordia y lenidad tan propias de la Iglesia, le condenó á ocho años de presidio en la plaza de Ceuta, señalándole de su bolsillo dos reales de plata.

El falso obispo griego marchó á estinguir su condena, cumpliendo día por día sus ocho años, que terminaron el día 7 de mayo de 1724.

Francisco Camacho, que había durante dos años visto á sus pies los mas nobles señores de la monarquía para recibir su bendicion, que había sido recibido bajo pábulo en las principales ciudades de España, y había sido despedido de ellas por el pueblo agradecido á sus beneficios, despues de arrastrar por ocho años una cadena en las abrasadoras playas de Africa, entró á terminar sus días en los inválidos de Sevilla, á donde le daban derecho á permanecer los servicios que había prestado como artillero en la guerra de sucesion por la causa del rey Felipe V.

Increible parecerá á nuestros lectores la relacion de un suceso, que hoy la rapidez de las comunicaciones y el telégrafo eléctrico harían imposible. Los incrédulos pueden verlo en los documentos auténticos que existen en el archivo general de Simancas que hemos consultado, y sobre todo en el oficio de la veduría de la plaza de Ceuta está la certificacion de la condena del falso obispo griego Francisco Camacho, hijo de Francisco, natural de Manzanilla, arzobispado de Sevilla, soldado en la compañía de don José Cano y Aguilar, del 2.º batallon de la real artillería.

Esta singular y maravillosa historia no es la primera en su género en España; antes, otro célebre impostor, Alonso Perez de Saavedra se había fingido falso nuncio de Portugal, con bulas falsas de Paulo III estableciendo la Inquisicion en el reino de Portugal, y haciendo en él tales y tan buenas cosas que merecieron la aprobacion de la Santa Sede, aunque hechas por un falsario, y causaron la admiracion y el asombro del mundo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

UNA DALIA.

EPISODIO DE LA GUERRA DE ESPAÑA EN MARRUECOS.

(1860.)

Hace diez meses toda la España se hallaba en la mayor animacion. Uno era el modo de pensar de todo el mundo;

habian callado los partidos políticos y hecho tregua en su eterna guerra de principios con que vienen agitándose desde la muerte del último rey Fernando VII, para dejar oír un grito uniforme, terrible, nacional, de indignacion y de venganza.

Los moros, que vencidos en una lucha de siete siete siglos, fueron arrojados de este país por Isabel I la Católica, y obligados á repasar los mares y abandonar el suelo que les había abierto la traicion del conde don Julian, habían osado acercarse á los muros de Ceuta é insultar el pendon que flota en aquellas playas africanas con el glorioso emblema de castillos y leones. Habían osado derribar las armas españolas que marcaban los límites de nuestra dominacion, y altaneros se habían negado con estudiadas dilaciones y frívolos pretextos á dar satisfaccion á tamaño ultrage.

No era posible sin abdicar la dignidad nacional y sin cubrirse de mancilla á los ojos del mundo tolerar por mas tiempo la ofensa.

Se declaró la guerra. Un grito unánime de aprobacion resonó en todos los ámbitos de la península. Habló la reina por medio de sus ministros, y las córtes de la nacion, interpretando justamente el sentimiento popular, ofrecieron abundantes recursos en hombres y en dinero para llevar la guerra á las abrasadoras playas del Africa, para humillar la insolencia del bárbaro agareno y sostener la gloria del nombre español.

Al ejemplo de la reina, dispuesta como la primera Isabel, á enagenar sus joyas para mantener los ejércitos, cuantiosos donativos vinieron ofreciéndose de todas las provincias de la península y de Ultramar. Hablaron los prelados, fomentó el clero el espíritu público. Y en los salones de la alta sociedad, en las modestas habitaciones de la clase media, y hasta en la miserable bohordilla del pobre se ocupaban las mugeres, ya que no podían tomar otra parte en la lucha terrible que se preparaba, en hacer hilas y aprestar vendajes para restañar la generosa sangre de los valientes que, en una guerra sin cuartel, iban á caer víctimas de las espingardas y gúmfas del bárbaro y fanático marroquí.

En una de estas tertulias se hallaban reunidas en una noche de noviembre varias señoras, en una casa de un rico propietario de Madrid, el conde de Verde Mirto.

La reina del salon era su hija Adelaida, verdadero retrato de una sfilide desprendida de su cuadro.

Se hallaba triste en medio de la alegría que animaba las conversaciones al calcular los futuros triunfos que iba á conseguir el ejército español acantonado ya en Cádiz, Málaga y Algeciras, y pronto á caer con todo el ardimiento de cristianos y de españoles sobre el Africa. Estaba triste porque había allí dos jóvenes que se disputaban su corazón: un capitán del regimiento de Baza, á quien su padre había prometido su mano, y un joven voluntario, Ramiro Sandoval, que desesperado de aquella union marchaba á la mañana siguiente á Africa para reunirse á un batallon de cazadores donde se había alistado por todo el tiempo de la guerra y que mandaba un tío de Adelita.

Tres veces en aquella misma noche el comandante, que debía tambien marchar al día siguiente á Africa, y su encantadora sobrina, habían procurado detener al despedirse á Sandoval, como para darle ocasion de explicarse.

—Usted toca muy bien y canta, le dijo Adelita abriendo